

sima. ¡Oh Madre tiernísima! no nos abandonéis en nuestra miseria! Vos nos estais diciendo con vuestros ejemplos que os imitemos; y eso queremos nosotros, igualmente; eso juramos á vuestras plantas santísimas; así lo prometemos á vuestro maternal corazón. Si hemos errado hasta este día, perdonad nuestra ceguera; con una de vuestras piadosas miradas, convertidnos en Iris esplendorosísimos, cuya belleza siempre se perfeccione, cuyos esplendores siempre se acrecienten, y cuyo fervor, santidad, virtud y justicia, vayan de continuo adelantando.

---

## DIA VEINTE.

### LA MADRESELVA,

Ó SEA:

IR EN BUSCA DE JESÚS.

*Non tardes converti ad Dominum.*  
No tardes en convertirte al Señor.  
(Eccí. V, 8.)

Como quiera que nuestros pasos van avanzando de cada día en el jardín de María, hénos aquí, amados hermanos, en vista de un delicioso bosquecillo, pequeño, en verdad, por el espacio que ocupa, pero grande y majestuoso por la excelencia de sus plantas. Allí está la encina, la reina de las selvas; allí, el alto cedro, el señor de los montes; allí el ciprés y el plátano; allí, el cinamomo y el áloe; todas las plantas más escogidas y más preciosas, los aromas más preciados y gratos al sentido. Rodean dicho bosquecillo, exteriormente, una espaldera de rosas; innumerables aves llenan su ramaje; y esmaltan su suelo las más olorosas florecillas. Puro es el ambiente que lo orea; brillante la luz que lo embellece, y deliciosa la fragancia que difunde. Los helados cierzos jamás lo despojan;

las lluvias interpestivas nunca lo abaten, y la noche jamás lo cubre con su tenebroso velo. Ánimados ¡oh cristianos! por tan suaves delicias, conmovidos por un espectáculo tan sublime y encantador, apresuremos, pues, nuestro paso, y fijemos nuestra planta en tan apacible sitio. Y ¿por qué, hermanos míos, ante unas plantas tan excelentes, ante tal variedad de encantos, y ante tanta suavidad de perfumes, mi mirada se fija únicamente en una humilde florecilla, que crece allí en medio del delicioso terreno? ¿Qué es lo que esa flor ofrece de extraordinario y de sublime? Inclínada sobre la tierra, los matices de dicha flor son pálidos; mezclada con el polvo, sus hojas son tristes; abandonada, como se halla, á sí misma, crece con inseguridad, y brota indecisa, como si anduviera en busca de perdido sendero. ¿Qué es, pues, repito, lo que en ella me atrae, qué es lo que me sorprende, qué es lo que me arrebatá?

Lo que me atrae, lo que me sorprende y lo que me arrebatá, hermanos míos, es la acción de su naturaleza siempre maravillosa. Esa flor, que por la palidez de sus matices, la pobreza de sus hojas, y la inseguridad de su desenvolvimiento, parece tan humilde, mientras permanece sobre el suelo, mezclada con los terrones; esa flor misma, repito, apenas llega á los piés del tronco de un nudoso y vetusto roble, cuando de repente ¡oh prodigio! sus hojas reverdecen, sus colores se animan, y sus flores se embellecen con las más sorprendentes riquezas. El amarillo, el rojo, el granate, el azul celeste, y el azul subido, y el color de violeta; tales son las tintas con las cuales entonces se adorna: guirnaldas preciosas, festones admirables y majestuosas cascadas; tales son las formas que adquiere al arrimo de su amigo, el altísimo tronco: una grandeza siempre imponente, una variedad siempre nueva, y una galanura siempre bella; tales son las propiedades que, en el interior del bosque, la distinguen, la adornan y la subliman.

Y ¿qué flor puede ser esa, pues, carísimos hermanos? Es la misteriosa Madreselva, que, siendo despreciable, acaso, en tanto vejeta sobre el humilde terreno, descubre todas sus ocultas bellezas tan pronto como consigue unir amorosamente sus tallos al tronco de algún árbol. ¡Afortunada Madreselva! que nos habla de aquella Virgen santísima, que manifestaba todas sus glorias en su unión con Dios, y en cuya unión hacía consistir sus maravillosas grandezas. Y vosotros, que la admirasteis ya en los vínculos de tal unión, cuando os hablé de su amor al Altísimo, procurad hoy contemplarla mientras vuela en busca de su perdido Hijo, cual espiritual Madreselva, que, sin fin, va en pos de su glorioso apoyo.

¡Oh Madre santísima! que en la pérdida y en el hecho de buscar á vuestro Hijo, quisisteis servirnos de modelo, á fin de que aprendiéramos á buscar la delicia de nuestro corazón ¡ah! enseñadnos que esa investigación debe hacerse con solicitud, con valor y con cristiana sencillez.

Y nosotros, por nuestra parte, mis amados hermanos, atentos á los ejemplos de esa Madre amorosa; procuremos hacer todos los esfuerzos posibles para hallar, durante esta noche, en este templo mismo, á los piés del altar santísimo, á nuestro perdido Amado, á nuestro olvidado Dios, á nuestro amoroso Jesús. A. M.

Para convencernos, desde luego, de cuan conveniente es para un alma, el buscar con solicitud á su Dios, empecemos por considerar, hermanos míos, los males que acarrea á esa alma desdichada el perderlo. ¿Qué es, en efecto, lo que pierde el alma, perdiendo á Dios? Pierde, nada ménos ¡oh cristianos! que el único objeto de su felicidad eterna. Pierde á Aquel, que pudiera hacerla bienaventurada en esta tierra y en el cielo; pierde á su Padre, á su bienhechor, á su amigo, á su todo; á Aquel, que la sacó de la nada, que la conserva á cada instante de la vida, que la colma de gracias, de privilegios y de honores. Y por lo mismo, ¿qué encantos no pierde, pues, esa alma desdichadísima? Contempladla, hermanos míos; una vez ella ha perdido á Dios, pierde el blanco ropaje de la gracia, el sedoso manto de la gloria, todos los adornos de su real grandeza. La preciosa diadema, no ciñe ya su frente; los collares, no penden más de su cuello; las perlas y las alhajas, no adornan ya su persona. Y de la oscurecida frente ha desaparecido el candor; la mirada, enturbiada, resta sin afabilidad; las mejillas, sin brillo alguno, ya no se ven teñidas del delicioso carmin del pudor. Y ¿dónde pudierais buscar ya en ella lo purpúreo del lábio, la templanza de las palabras, y la majestad del porte? Triste, desgredada y descompuesta veis ya su cabellera, melancólica su mirada, despavorido el semblante y su aspecto repugnante. Toda ella os está indicando la ausencia de su Dios, los gritos de su conciencia, las turbaciones que la asaltan, y los temores que la oprimen. Ella conoce que se ha convertido en esclava del demonio, en objeto de la maldición divina, en porción y herencia del infierno. Y entónces se alarma, se aflige y se desespera.

Mas ¡ay! cristianos; ¿por qué, pues, no debiéramos salir de tan miserable estado? ¿Por qué no debiéramos ir en pos de nuestro perdido Dios? ¿No será, acaso, con El, que nuestra alma adquirirá nueva vida, nueva gloria, y nuevo esplendor? ¿No estais oyendo, por ventura,

como El mismo así os lo asegura por boca de Amós: *Quaerite Dominum et vivetis?* (AMOS. v. 4). ¿Acaso pensarais esperar todavía un poco? ¿Por ventura vuestros labios repiten, igualmente: buscaré al Señor, lo buscaré? Mas ¡ay! ¿por qué no hacerlo desde luego? ¿por qué no hoy? ¿por qué no en este instante mismo? Acaso, hermanos míos, aquel su rostro tan amable, no tiene ya fuerza suficiente para movernos? ¿Acaso aquel corazón tan tierno, no tiene ya atractivo bastante para arrastrarnos hácia Él? ¿Por ventura un Dios tan benéfico, no es ya capaz de arrebatarnos nuestros corazones? Y sin embargo, nuestro corazón se entenece en presencia de algun bienhechor; nuestro rostro se serena á la voz del cariño; y las lágrimas humedecen nuestros ojos ante un rasgo de generosidad cualquiera. ¿Y Jesús, que es el más bello de los hombres, *speciosus forma prae filiis hominum* (PSAL. XLIV, 5); y Jesús, repito?... ¡Ah, cristianos! no más demora: harto digno es Él de nuestros amores. Busquémole, pues, pero con toda solicitud; busquémole, pero con toda diligencia.

Hé aquí, hermanos míos, lo que María nos enseña. Ella vuelve del Templo, en compañía de su esposo, y advierte ¡ay! que su Jesús ha desaparecido en medio de la muchedumbre. ¡Angeles del paraíso! vosotros, que fuisteis testigos de su pesar, referidnos las angustias y las congójas de aquel corazón desgarrado. ¡Oh! á tan inesperada falta ¡cómo se contrista su ánimo, cómo la abandonan sus fuerzas, cómo decae su valor! Harto Ella conoce ¡ay! el precio de la joya preciosísima que ha perdido. Harto siente el grave daño que se le sigue, si no le es dado hallar á su amado Jesús. Y entónces gime, suspira y como ébria de dolor, va exclamando sin cesar: *Num quem diligit anima mea vidistis?* (CANT. III, 3).

Empero, el dolor que experimenta María por la pérdida de su Jesús, no es un dolor vano y estéril. Ella conoce, desde luego, que es por demás el lamentarse, sin hacer las convenientes indagaciones. Y entónces, cual misteriosa Madreselva, que va recorriendo todo el terreno, hasta conseguir encaramarse en algun tronco, vuelve el paso hácia atrás, va excudriñando todo lugar, interroga á toda persona, y le busca por todas partes. Su ansiedad no sufre demora alguna; de suerte, que Ella quisiera hallarse á la vez en cien lugares distintos; y se lamenta de la luz del día, porque ya le concede poco tiempo para buscar á su Dios; y olvida sus propias necesidades, pará no perder un tiempo tan precioso en otra cosa, que en averiguar el paradero de su amado Hijo.

¿Habeis visto alguna vez, mis amados hermanos, una inocente paloma, cuando advierte que le ha sido arrebatado su querido hijuelo?

¡Oh! entónces ella no siente ya paz en su corazon; y con sus alas abatidas, sostenidas, sin embargo, por la vehemencia del amor, va recorriendo todos los campos vecinos, lo inspecciona todo con su mirada amorosa, clama con su débil grito; penetra en todas partes, vuelve muchas veces con impaciencia á su nido, anda y desanda sin cesar el ya corrido camino; sin cejar jamás, hasta que la noche viene á impedir sus incesantes pesquisas. Tal debéis figuraros, mis amados hermanos, el corazon de María en la pérdida de su Jesús.

Y ¿por qué nosotros no hemos de buscar, pues, de esta suerte á nuestro Dios? ¿por qué no hemos de sentirnos movidos nosotros, igualmente, á una indagacion tan diligente y amorosa?

Pues, qué! ¿pudieran, acaso, arredrar á nuestros ánimos las dificultades que ofrece la empresa? No cabe de ello duda alguna; espionosa es la senda que conduce á Dios; senda rodeada de muchos enemigos poderosos por su fuerza, temibles por su número y terribles por sus asechanzas; senda llena de mil obstáculos, sembrada de tribulaciones y cubierta de cruces. Empero, todo eso ¿qué importa? ¿Pudiera, acaso, por ello, decaer vuestro ánimo? prefeririais ser víctimas de un mal entendido temor? ¡Ah! no: en vez de desfallecer, debéis revestiros de un santo valor; y fortalecidos con la gracia de Jesucristo, caminareis con intrepidez, triunfando de todos los peligros, trabajos y asechanzas.

Mas, bien lo sé: apénas habreis dado el primer paso para ir en busca de Jesús, se rebelarán contra vosotros las pasiones; el orgullo, la ambicion, la concupiscencia, redoblarán los asaltos, y se acrecentarán los incentivos. El orgullo os dirá, que la servidumbre de tal Soberano es demasiado humillante. La ambicion os dirá, que es demasiado extremada la pobreza de aquellos que se unen á Jesucristo. La concupiscencia, por último, os dirá, que las privaciones que impone Jesús á cuantos le imitan, son insoportables. Y vosotros ¿cómo debéis conducirlos en semejante caso? Vosotros ¡ah! debéis armaros de una santa fortaleza, y cerrando vuestros oídos á tales razonamientos, debéis despreciarlos, debéis desecharlos. Tales pasiones son unos áspides, son unos basiliscos, que conspiran á la perdicion de vuestra alma, contra vuestra vida eterna; por eso, vosotros, siguiendo la doctrina del Salmista, caminareis sobre esos áspides, pisoteareis esos basiliscos. Se levantará, es cierto, en su auxilio el mundo perverso, el siglo nefando, y con promesas de honores, de grandezas, y de glorias; con ofertas de bienes seductores y falaces; con la esperanza de grandezas y de recompensas, procurará quebrantar vuestra constancia; mas vosotros, en vista de un leon tan fiero, os armareis de nueva fuerza

y de nuevo valor; y una vez derribado el áspid y el basilico, pisoteareis, igualmente, el leon y el dragon.

¿Creéis, tal vez, que os han de faltar las fuerzas? *Nolite timere*: el Señor estará con vosotros, y nadie podrá de vosotros triunfar; *Nolite timere*: vuestras miradas serán como espadas, que traspasarán el corazon de vuestros enemigos; *Nolite timere*: nadie tiene poder sobre vuestra alma: *animam autem non possunt occidere*. Tratad, pues, á vuestros enemigos como ellos se merecen, con las burlas, las irrisiones y los sarcasmos. Esta es la voluntad del Señor, que os ordena, dar pruebas de aquel valor que es propio de sus fieles soldados; y tal es, igualmente, la voluntad de María, que os muestra con su ejemplo, cómo y con qué disposicion debe ser buscado el perdido Jesús.

No creais, carisimos hermanos, que fuera cosa fácil para María el seguir las huellas de Jesús. No: incierta, como Ella se hallaba, del lugar en que lo había perdido, é incierta, asimismo, de la hora en que se había separado de su compañía, hallábase incierta, por otra parte, respecto de la manera y del sitio en que podría encontrarle. Era, por lo tanto, preciso volver á emprender el viaje; era necesario explorar todos los lugares circunvecinos; exponiéndose, acaso, al peligro de alejarse más de él, precisamente, en los momentos en que á él solamente andaba buscando. Y ahora calculad, si podeis, las tremendas inquietudes que tuvo que sufrir aquella tierna Madre. Sintiendo la delicadeza de su cuerpo, cansada ya por el largo viaje, debilitadas sus fuerzas por la vehemencia del dolor, y cual delicada Madreselva, que tiene necesidad para alcanzar la secular encina, de recorrer un peñascoso terreno, acercarse á los cenagosos pantanos, penetrar, no pocas veces, entre espinosos zarzales; se ve obligada á volver á andar el mismo camino, á pisar nuevamente el terreno recorrido, á excudriñar todos los lugares más escabrosos y agrestes. La sospecha de que, acaso, su Hijo puede hallarse en las vecinas aldeas, y el deseo de volverle á encontrar cuanto ántes, la arrastran á dirigir su paso por los derrumbaderos y los precipicios; mas no por eso desmaya aquel corazon generoso. El no tener conocimiento alguno de los lugares que estaba á la sazón recorriendo, las sombras de la noche, que se iban extendiendo más densas, cada vez, sobre la tierra, y los peligros que ofrecía el camino, eran capaces, ciertamente, de aterrar á todo otro ánimo; mas no al de María. El amor que siente por su Hijo, la obliga á preguntar por él á toda persona que encuentra á su paso; y Ella, entónces, sin reparar de ningun modo si su voz se dirige á un amigo ó á un enemigo, ni pensar,

en si puede esperar un rayo de luz ó un insulto, ¡ah! por piedad, les dice: decidme si habeis visto á mi Amado! *Num quem diligit anima mea vidistis?* En tal caso, ella procede de la misma manera, mis amados hermanos, que un amoroso pastor, el cual habiendo perdido á su querida ovejuela, al caer de la tarde, rendido ya de fatiga por la marcha del dia, vuelve á reconocer el ya recorrido terreno, y explora detenidamente las llanuras, penetra en los bosques, y se adelanta hácia los breñales; y en todas partes con atenta mirada, con el silbido y con la voz, va siguiendo las huellas de la delicia de su corazon.

Mis amados hermanos, ante un ejemplo tan edificante, ¿quién de vosotros rehusará buscar á Jesús, á despecho de cuantos obstáculos puedan oponernos el mundo, el demonio y la carne? ¿Quién de vosotros, armado de un santo valor, no ha de salir victorioso de todo enemigo?

Empero, no basta, todavía, buscar á Jesús con diligencia y valor; es menester buscarle, igualmente, con cristiana sencillez. Tal es el precepto que nos impone el Señor en el capítulo primero de la Sabiduría: *In simplicitate cordis quaerite illum*: buscad al Señor con la sencillez de vuestro corazon. Mas ¡ay! ¿qué horrible escarnio no hacen hoy los cristianos de tan amoroso precepto, segun estamos viendo? ¿No es, acaso, la falsa prudencia del siglo, la que regula las acciones de los modernos cristianos? ¿No es á la luz menguada de tal prudencia, que se aparenta cada dia buscar al perdido Señor? ¿No es hoy, por ventura, cuando estamos oyendo repetir á más de un cristiano: sí, buscaré al Señor; mas le buscaré cuando haya cerrado tal ó cual trato, supeditado á tal ó cual émulo, llevado á buen término tal ó cual litigio? ¿No es hoy cuando se repite: buscaré al Señor; mas despues de tener asegurada mi subsistencia, de haber procurado el bienestar de la familia, de haber alcanzado la celebridad de mi nombre? ¿No es hoy cuando se exclama sin cesar: buscaré al Señor; mas luego de haber salido de tal ó cual compromiso, al cual, hoy por hoy, no puedo renunciar absolutamente; cuando me pueda desembarazar de aquella persona, á la cual no me atrevo á volver la espalda; cuando la muerte venga á librarme de aquel malvado, cuyos sarcasmos temo; cuando...?

¡Ah! mis amados hermanos; hé ahí, pues, la prudencia del siglo: prudencia vana, cuya perdicion Dios ha jurado con esta sentencia: *prudentiam, prudentiam reprobabo* (1. Cor. 1, 19.); prudencia vana, que causa la muerte, siendo muerte ella misma: *prudentia carnis mors est*. (Rom. viii, 6.) Conviene obrar con prudencia, se dice, para no

malograr tal ó cual negocio, para no perder tal ó cual destino, para poder llevar á cabo tal ó cual empresa; mas, entretanto, ¿cómo no se teme la perdicion de la propia alma? Deséase emplear tal prudencia para evitar las mofas, por no ser objeto de las irrisiones, para no sufrir los sarcasmos; mas ¿por qué, pues, hemos de sufrir las mofas de nuestro declarado enemigo, el demonio? Es necesaria dicha prudencia para poner á salvo nuestra honra, nuestra reputacion y nuestra vida, segun hoy se dice; mas miéntras tanto ¿cómo no se da un solo paso para preservar nuestra verdadera honra, nuestra verdadera reputacion, nuestra vida eterna?

¡Ah, hermanos míos! una es nuestra alma, una nuestra eternidad: una sola alma tenemos, y ésta no disfruta de paz en la eternidad, sinó unida á Jesús; una es nuestra eternidad, y ésta no es feliz, sinó en el seno de Jesús. Fuera, pues, todas esas humanas consideraciones, todos esos falsos respetos, todas esas frívolas excusas. Esas son voces del mundo; no son voces de Jesucristo. Este quiere vernos cual niños: si no fuerais semejantes á ellos, nos dice, no espereis, no, encontrar vuestro perdido bien. Tal es el ejemplo que os ofrece María.

Al advertir Ella la pérdida de su amantísimo Hijo ¡ah! no pierde ciertamente el tiempo en vanas consultas, ni en inútiles cuidados, sino que, solícita, exclama: pues bien, busquémosle. No se le ocultan las dificultades que ofrece la empresa, los peligros á que iba á exponerse, y los trabajos que debia arrostrar; conoce que la prudencia del siglo le hubiera aconsejado, mandar á otra persona en su lugar, para evitarse así las incomodidades de tan penoso viaje. Pero ¿obra así María? ¡Ah, cristianos! María se deja guiar por la sencillez de su espíritu; Ella abomina la prudencia del siglo; y por lo mismo, mostrándose sorda á los consejos de aquélla, héla ahí, buscando, incansable, á su amado Bien. Y ¡dichosa Ella! que, cual misteriosa Madreselva, pudo, finalmente, saludar á su glorioso apoyo, extendiendo sobre él sus fructíferos tallos, y adornándose de las flores más variadas y preciosas. Y ¿quién fuera capaz de describiros, mis amados hermanos, el júbilo que entónces experimentó su enamorado corazon? Comparando tal júbilo con el que siente el pastor, al volver al redil con la ovejuela sobre sus hombros, ó con el que siente la paloma al regresar á su nido, llevando delante de sí á su amado hijuelo, tendreis una idea de él; pero esa idea, solo será muy pálida para el caso.

¡Ah! no creais que pudiera ello suceder de otra manera. María había buscado á su Jesús, y lo había buscado con diligencia, con valor y con sencillez; Ella había encontrado al que era la alegría de

su espíritu, la delicia de sus afectos, la vida de su corazón: Ella no podía dejar de participar de esa vida, de esa delicia, de esa alegría.

Busquemos, pues, carísimos hermanos, busquemos de esa suerte al Señor; y, yo os lo aseguro, le encontraremos igualmente. Busquémosle hoy, que aún es tiempo: *Quaerite Dominum dum inveniri potest.* (Is. LV, 6.) Busquémosle, precisamente, allí donde le encontró María; en el Templo, en medio de los doctores, es decir, en la oración, en la lectura de libros de devoción, en el recogimiento de nuestro espíritu. En nuestra unión con Dios se embellecerán nuestras flores, se animarán nuestros colores, nos veremos convertidos en unas plantas las más maravillosas y agradables. ¡Oh! no demoremos más! Jesús está ahí, encerrado en el sagrario, dispuesto á revelarse á nuestros corazones, si de veras le invocamos. María os lo está mostrando por medio de esa imagen suya sacratísima; y, en prenda de seguridad, os señala el corazón de Él, traspasado por nuestro amor.

¡Oh Madre! que en la unión con vuestro Hijo santísimo cifrateis toda la santidad de vuestro espíritu; ¡ah! alcanzadnos la gracia de que podamos en este instante abrazar de nuevo, arrepentidos, á nuestro amoroso Dios. Harto hemos sentido ya nuestra desdicha, viviendo apartados de su amoroso corazón. Ahora, que hemos conocido, que nuestra propia grandeza solo se manifiesta estando unidos con nuestro Padre celestial, resueltos estamos á no separarnos más de Él, á no desecharle más de nuestros corazones. Nosotros, en verdad, tendremos que sostener una cruda guerra por parte de nuestros enemigos declarados; mas, por otro lado, nos anima ¡oh María! vuestra piedad, vuestro amor y vuestra protección. Amparados bajo vuestro manto, sostenidos con vuestra mano, y defendidos con vuestro poder, nos prometemos, sobre todos nuestros enemigos, los más señalados triunfos, esperamos las más gloriosas victorias. Y así, por vuestra intercesión ¡oh María! permaneciendo siempre unidos á vuestro Hijo sobre la tierra, esperamos, igualmente, vivir unidos á Él por toda la eternidad, en los cielos.

## DIA VEINTE Y UNO.

### LA MIOSOTIS,

Ó SEA:

#### LA IMITACION DE JESÚS.

*Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et sequatur me.*

Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y sígame.

(MATH. XVI, 24.)

Bello y sorprendente espectáculo es, mis amados hermanos, el que ofrece un plateado riachuelo, que con la limpidez de sus aguas, su pausado curso, y su caudal reflejando los rayos de un sol el más claro y esplendoroso, va á bañar una tierra cubierta y esmaltada enteramente de flores, durante los frescos y apacibles días de la risueña primavera. Ante aquel placido murmullo del agua, al cual hace eco el suave canto de las festivas avecillas; ante aquel argentino blanquear de las olas, al cual corresponde la pureza de la luz; ante aquella grata frescura, que se desprende sin cesar de las aguas y de las flores, semejante al ténue soplo de aura refrigerante, ó de refrigerante cefirillo; el corazón del hombre no puede menos de sentirse hondamente conmovido, y prorumpir y deshacerse en afectos los más amorosos y los más tiernos. No le perturban entónces las angustias y las zozobras, ni asalta su imaginación ningún pensamiento triste. No saciándose nunca de admirar tan peregrinas bellezas, siempre incierto sobre cuál de ellas debe fijarse, principalmente, su atención; ora dirige sus miradas hácia aquel prado atestado de flores; ora á aquellas olas, siempre bellas y crecientes; y ora, finalmente, las eleva hácia el cielo para contemplar la nitidez de los aires, la pureza de la luz y la majestad del firmamento. Y, precisamente, al levantar y bajar la vista, incesantemente, ¡cuántas nuevas bellezas no le sorprenden, le encantan y le enamoran! Despues de haber ob-